

Aranda, G., y Salinas, S. 2013. *Bolívar según Chávez, Ensayo de una tendencia*. Santiago, Chile: RIL Editores

Cristián Ovando Santana*
Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile

En la interpretación de procesos políticos donde se destacan la identificación social y política, muchas veces la valoración del pasado resulta fundamental. Para el liderazgo del ex presidente Chávez esta afirmación es clave, señalan los autores de esta obra.

La existencia objetiva de esa valoración ha propiciado que distintos líderes políticos, en diferentes momentos históricos —sobre todo en los denominados populismos y neopopulismos contemporáneos—, hayan hecho uso del pasado en la estructuración de las ideologías que sustentan los procesos de identificación y, en consecuencia, sus propios proyectos políticos. Del mismo modo, las condiciones que llevan a que algunas sociedades apelen a estos mitos más que otras, es un argumento que los autores desarrollan con gran acuciosidad.

No es primera vez que Gilberto Aranda y Sergio Salinas escriben sobre la trayectoria intelectual y de las fuentes míticas de las que se nutre un político latinoamericano. Ya lo hicieron con el mito en torno a los políticos peruanos Haya de la Torre, Fujimori y Ollanta Humala. Esta vez con *Bolívar según Chávez, Ensayo de una tendencia* se “busca entender la forma en la que el líder venezolano... y su movimiento político realizaron una resemantización del culto al libertador Simón Bolívar adecuado a su acción política (p. 13). Se trata de la vinculación entre Bolívar y Chávez; en cómo la sociedad venezolana (la clase política no tradicional, las Fuerzas Armadas y los movimientos sociales) se ha ido construyendo y reconstruyendo a partir del culto a la personalidad de Bolívar. En síntesis, indaga en cómo la nación venezolana, a partir de la heroarquía —o toda dignidad jerárquica en que se cimenta la asociación humana— se construye como nación.

Para lograr este propósito, los autores buscan indagar en los cambios de significado atribuidos al culto bolivariano y cómo ha orientado la acción política chavista, emprendida por sus partidarios desde la crisis que aquejó a Venezuela en los 90.

* Universidad Arturo Prat, Instituto de Estudios Internacionales, Iquique, Chile. Correo electrónico: covando@unap.cl

Para seguir esta estrategia, primero se detienen en la problematización de la categoría que más da cuenta de la acción política latinoamericana: el populismo. Si bien su acercamiento es exhaustivo, pasando por la mayoría de las aproximaciones teóricas sobre el fenómeno populista y neopopulista, se detienen acertadamente en los aportes que hace Ernesto Laclau, pues estiman que son los que mejor se adecuan a dicha estrategia discursiva.

Laclau propone una visión a contra corriente de las que ven al populismo como una amenaza a las instituciones democráticas. Plantea que este se constituye en una forma de pensar las identidades sociales, de las que se desprende una manera de construir lo político y sus discursos. Así, este autor desestima de la unidad de clase como soporte social de la adhesión a un liderazgo, cuestión que limita las aproximaciones sobre el populismo, “puesto que lo social es de suyo heterogéneo, contingente e infinito” (Aranda y Salinas, 2013, p. 35).

Por lo tanto, lo que hace a un discurso ideológico populista, sería un determinado tipo de articulación de las interpelaciones popular democráticas del momento, que buscan combatir discursivamente la ideología dominante. He aquí la importancia del mito, pues busca, a través de él, aglutinar posiciones y revelar el fracaso de la modernidad que encarna el bipartidismo que precedió la revolución de Chávez y la tarea inconclusa que dejó Bolívar. Sin duda, una hipótesis muy sugerente y que rivaliza con las interpretaciones más tradicionales sobre el populismo como guía para estudiar el fenómeno de Chávez.

El primer capítulo, “El papel del mito en los proyectos políticos”, busca adentrarnos en cómo el mito legitima las prácticas políticas del presente.

La estrategia a seguir por el chavismo consiste en que, combatiendo discursivamente la ideología dominante a través de resaltar, actualizar y resignificar el mito, se revela al fracaso de la modernidad que encarna el Pacto del Punto Fijo o el bipartidismo que precedió la revolución de Chávez, es decir, el statu quo que desencadenó la crisis venezolana de los 90.

Para los autores, los mitos políticos están compuestos manifiestamente de dos componentes básicos. Por un lado, consisten en la llamada política simbólica y, por el otro lado, son parte de la memoria colectiva. Dos variables que la politología ha desatendido. Este elemento es destacable en el libro: el diálogo entre la ciencia política más aseptica y la sociología fenomenológica.

Estos mitos reinterpretan el pasado desde una genealogía de la historia. Surge así una memoria colectiva que es crucial en los procesos de identificación política. Pero ¿por qué los procesos políticos actuales, desde esta memoria colectiva, acuden a la mitología política con la intención de formar nuevas identidades? Pues, por un lado, porque grupos en pugna afirman su propia identidad y porque aportan contenido en toda contienda hegemónica frente a otros grupos. No obstante, en el contexto actual, marcado por la crisis de los relatos, las ideologías políticas se ven redefinidas, sobre todo —un punto crucial— se extiende una vuelta al mito ante la pérdida de sentido de los tradicionales mecanismos de identificación y movilización; los autores se refieren particularmente a los partidos políticos tradicionales venezolanos.

Este panorama posmoderno, que reivindica la particularidad y la diferencia en las adscripciones identitarias políticas, se vincula a discursos de la política de las identidades premodernas, proyectándose como la respuesta a grupos postergados. Este escenario, como señalan Aranda y Salinas (2013), “abre la posibilidad de que los mitos fundacionales en los que los héroes juegan un papel crucial... ayuden a refloatar las identidades en el marco del Estado nación: ‘yo soy un poquito de todos ustedes’, reclamo Chávez en diciembre de 1998” (p. 43).

En el siguiente capítulo desarrollan cómo se originó el culto a Bolívar. Categóricamente, los autores plantean que debido a las condiciones de crisis institucional generada por el proceso de transición experimentado por Venezuela desde finales de 1993, el chavismo planteó la idea de una organización social bolivariana, tomando en cuenta tres aspectos fundamentales: la crisis de la capacidad de mediación de las formas de representación de los partidos políticos; el surgimiento de nuevas formas de expresión de lo político, contenidas básicamente en el uso de la protesta popular; y el desplazamiento de la discusión política de los espacios cerrados de las instituciones del sistema a los espacios abiertos de las calles, plazas, avenidas y cualquier espacio público.

Así es como las agrupaciones políticas chavistas debieron buscar formas no tradicionales de aglutinación social, mediante la acción ideológica del bolivarianismo, que se conformará en todos los ámbitos de la vida pública.

Previo al desarrollo del mito bolivariano, los autores se detienen en el desarrollo político venezolano del siglo XX. Este derrotero está marcado someramente por los siguientes aspectos: después de dictaduras de la primera mitad del siglo XX, la escena política venezolana se caracteriza a partir del Pacto del Punto Fijo, por la institucionalización de un sistema de partidos multipartidista moderado, el que deviene en un bipartidismo

en torno a COPEI y Alianza Democrática, altamente excluyente. Este modelo se sostiene, dejando fuera de la escena política a fuerzas centrifugas y a partir de un Estado rentista. Se sostiene además, por la creación de extendidas redes clientelares en torno al rentismo del petróleo, el que contuvo a sectores populares. Ante su declive y crisis a inicios de la década de 1980, ve cómo paulatinamente se van forjando fuerzas autónomas que, al alero de las Fuerzas Armadas, se instituyen como alternativa a una política de acomodamiento de la clase política por más de 40 años.

Para los autores, en este marco emerge la figura de Chávez, quien después de un frustrado golpe de Estado en 1992, se colocó en lo más alto de las exigencias de una democracia más participativa, orientada hacia las necesidades de los más pobres.

Su propuesta de refundar Venezuela pretende terminar, primero, con los herederos del pacto fijo y, posteriormente, ya a mediados del 2000, con un imperialismo norteamericano y la intromisión de transnacionales neoliberales.

No obstante, el culto a la imagen de Bolívar no es un hecho nuevo: prácticamente todos los gobiernos venezolanos, desde principios del siglo XIX, se han intentado rotular de bolivarianos. Sin embargo, como sentencian Aranda y Salinas (2013), en la administración del ex presidente Chávez, desde la llegada al poder la escenificación teológica política de la resurrección bolivariana ha sido continua.

Para ellos, desde dicha articulación, Hugo Chávez plantea la redención revolucionaria bajo el rótulo bolivariano, es decir, Chávez, más que a Bolívar mismo, encarna la herencia mitológica de la emancipación bolivariana.

Su estrategia ideológica en torno a los mitos se inspiraba en tres figuras míticas, que encarnaban tres propuestas respectivamente:

Su trinidad revolucionaria: Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora, quienes para los autores constituyen una visión ideoprogramática de la revolución chavista. Del primero recoge el mito de la fundación patria; del segundo, se representa la creencia en la autonomía nacional y del tercero, se actualiza como el adalid de la igualdad social y de la lucha campesina. Cada uno encarnaba los tres grandes objetivos de su propuesta: ser transgresora del orden impuesto; ser libertaria de las ataduras externas y ser salvífica para los marginados y excluidos.

El capítulo tres, “Las organizaciones sociales bolivarianas”, apunta a que la tendencia de aquellas a estar vinculadas estrechamente a su liderazgo, padece un problema endémico, replicable a movimientos sociales latinoamericanos: su falta de autonomía y cooptación por parte de los liderazgos políticos populistas, puesto que los mismos Círculos Bolivarianos reconocen su papel de caudillo y mesías. Esta agrupación, para ellos, cumpliría tres funciones: organizadora, catalizadora de demandas y portadora de ideología en torno al discurso bolivariano, todo en defensa de las transformaciones revolucionarias de su gobierno. Su medio consistiría en servir a las comunidades locales a través del mensaje bolivariano y en la búsqueda de un ideal igualitario. Aunque desde otra perspectiva funcionarían creando redes clientelares al servicio del gobierno de Chávez, para así generar contrapesos con los partidos políticos herederos del Punto Fijo, y con otros movimientos más autónomos, pues sostienen que se trata de una organización creada desde arriba.

Se tratarían, por otro lado, de organizaciones solidarias de rechazo al mercado omnipresente, justificando así su cooptación estatal. La opinión de Marta Harneker puede sintetizar el debate entre estas dos interpretaciones:

Hay el líder populista que usa al pueblo para sus objetivos políticos y el líder revolucionario que, usando su capacidad, promueve el crecimiento de la población. Un líder revolucionario con carisma se comunica con el pueblo igual que un populista. La diferencia es que el populista da cosas, como Perón, pero no ayuda para que el pueblo se independice. No es puente de un crecimiento (p. 115).

En su cuarto capítulo, “Una Internacional Bolivariana, un camino inconcluso”, los autores se adentran en la política exterior bolivariana y en la dificultad para crear un conglomerado regional alternativo, en torno a las ideas bolivarianas hacia lo internacional. Estas serían: Diplomacia de los Pueblos, complementación productiva entre países, integración multidimensional, solidaridad internacional, etc., como señalan Aranda y Salinas:

La idea de despertar lo que estaba sólo dormido, de renacimiento de los sentidos históricos, es retomado también la idea de “reintegración” continental de la nación fragmentada que tiene que recuperar la unidad presente de variadas maneras en los discursos de Chávez: formamos parte de la vanguardia alternativa que abre un camino de salvación a los pueblos de este continente, una vez más como hace doscientos años (p. 123).

Una de las expresiones concretas de este proyecto de reintegración, es la creación de la Internacional Bolivariana, consistente en réplicas de la Coordinadora Bolivariana en todos los países que se ubican dentro de la nueva izquierda latinoamericana y de los países que adhieren al socialismo del siglo XXI. Su coordinadora internacional se ha dedicado a promover el ideal bolivariano en el continente, particularmente, combatir expresiones concretas del imperialismo (como las bases militares estadounidenses y otras intromisiones), pese a su baja institucionalización en los organismos creados: Banco del Sur, ALBA.

El capítulo quinto, “El futuro sin Chávez...”, hace un balance de la muerte de Chávez en clave simbólica. Esta plantea que pasará a habitar un espacio simbólico y psicológico regido por las reglas idealizadoras e inexpugnables del mito. Lapidariamente, señalan siguiendo una serie de autores: “Los que logran encaramarse hasta allí no conocerán el insulto de la muerte”. Sostienen que el chavismo deberá coexistir con esos dos mitos de la izquierda latinoamericana, el guevarismo y el allendismo.

Finalmente, algunas consideraciones. Se trata de una obra madura, que refleja la trayectoria de los profesores Aranda y Salinas en esta materia. Así lo da cuenta el manejo de teorías tanto de la ciencia política, que profundiza en el proceso político venezolano, como en la literatura sociológica y antropológica, que recoge el pensamiento y el mito bolivarianos; conjugándolos en un ejercicio complejo.

Sin duda, *Bolívar según Chávez, Ensayo de una tendencia*, contribuye a comprender el legado de esta figura controvertida de la política latinoamericana contemporánea.

También, destacan el tratamiento y problematización de una condición endémica de los movimientos sociales latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX y de inicios del XXI, particularmente en los gobiernos revolucionarios: su falta de autonomía. Los profesores plantean un debate interesante entre las nuevas visiones de ciudadanía diferenciada y visiones más comunitaristas de las mismas, en torno a la oposición al libre mercado.

Por otro lado, se extraña un desarrollo más profundo de la visión sobre lo internacional y regional propuesta por el chavismo. Sobre todo, parece sugerente indagar en su visión sobre la noción de autonomía, una categoría clave en el debate latinoamericano sobre política exterior, particularmente, que a todas luces parece ser que la revisión del bolivarianismo pareciera retomar la propuesta ortodoxa de autonomía planteada por Puig hace décadas. Además, resulta interesante profundizar en la noción de *Diplomacias de los*

Pueblos, pues puede preguntarse a qué pueblos se refiere el chavismo, ¿a los movimientos sociales afines a la diplomacia tradicional de turno, o a todo pueblo oprimido que plantee su emancipación por la vía internacional? Un debate abierto en América Latina.